

## FANTASÍAS CON EL CELLO

### Alguna que otra emoción

–Noche enredada, lo vi acercarse y de repente se alejó. Pensé que se había arrepentido, pero acá está. ¿Qué le anda pasando?

–Cosa de viejos, mi estimado.

–Sigo sin entender.

–Ocurre que vine al concierto directamente del trabajo por lo que traía conmigo un pequeño maletín con unos documentos. Cuando estaba aproximándome recordé que lo había dejado debajo de la butaca y salí disparado a recuperarlo.

–¿Y por qué le achaca esas cosas al envejecimiento?

–Es que estos deslices no formaban parte de mis fallos.

–Quizás el concierto puso su granito de arena.

–¿Uhm?

–Desde el escenario uno percibía esa sensación de que las piezas habían calado muy hondo en el público...

–A decir verdad, esto de programar un concierto con *tempi* lentos fue una muy buena idea. El auditorio quedó plenamente satisfecho.

–Al *adagio* para cuerdas de Barber lo aplaudieron a rabiar.

–Por cierto.

–En realidad es el segundo movimiento del Cuarteto que compuso en 1936; un par de años después se lo envié a Toscanini para ver si lo incluía en su repertorio.

–¡Hombre difícil Don Arturo!

–Mucha gente coincide con su opinión. De tanto en tanto en la orquesta alguien trae a colación alguna anécdota del maestro. La cuestión es que Toscanini se lo devolvió sin comentario alguno.

–Para comerse las uñas...

–Tiempo después Barber supo a través de interpósita persona que Toscanini había decidido interpretar la obra. La cual había memorizado rápidamente y de ahí lo de su devolución.

–¿Pero se habrá quedado con una copia para los ensayos?

–Se cuenta que dispuso de la partitura un día antes del estreno, el que tuvo lugar durante un concierto emitido por radio en noviembre de 1938.

–La pieza es bellísima, desde lo personal uno optaría por permanecer sentado y en silencio, tras su conclusión.

–Entendible. La primera sección del *Adagio* comienza con la melodía principal a cargo de los primeros violines, ratificado por las violas, quienes las continúan con algunas variaciones. En el segmento central entramos nosotros y el resto de las cuerdas alcanzan la escala más alta de sus registros.

–¡Y qué bien ensamblaron!

–En la parte final se reformula el tema original. El movimiento remata con los primeros violines que retornan las primeras notas de la melodía, la última de ellas hasta parece extinguirse.

–Por lo que veo, a usted también le agrada.

–En medida suma; es más: ante este tipo de piezas uno siente que ha encontrado su lugar en el mundo.

–Comparto plenamente su vivencia. A riesgo de perder objetividad, estoy íntimamente convencido que ustedes son el instrumento más refinado para las emociones musicales.

–En esas cuestiones usted ya sabe que no soy demasiado ducho. ¿Qué tal si me lo explica con un poco más de detenimiento?

–Con todo gusto. La música se introduce sin pedir permiso en lo más recóndito de nuestro ser, impactando sobre las ideas, y quizás propósitos y decisiones. Hasta podría decirse que puede operar ingeniosamente sobre el estado de ánimo.

–¿Le parece que es tan así?

–Le añado un dato. El verbo oír proviene del latín *audire* que a su vez procede de *oboedire* y no es otra cosa que obedecer. *Il sonare* tiene soberanía, mi estimado.

–Desde la época del Barroco se viene sosteniendo que los tiempos rápidos están asociados con la alegría, aunque también pueden representar ira o miedo.

–También oí decir que el modo mayor dispara emociones positivas, mientras el modo menor y los tiempos lentos producen tristeza y emociones negativas.

–Vaya uno a saber si no se desliza alguna simplificación en todo eso.

–Por cierto, es difícil ceñirlo a una sola categoría, un *tempo* lento puede llevar, asimismo, a un estado de total serenidad. Dentro de modos más arcaicos como el caso del canto gregoriano le aseguro que transmite una sensación de paz infinita.

–Aquí se cuenta que en el siglo XVII Marc-Antoine Charpentier presentó una lista de 17 claves acopladas a estados de ánimo y sentimientos particulares.

– ¿Como cuáles?

–Le resumo, Do mayor como música alegre y guerrera, Mi bemol mayor como cruel y severa, Sol mayor como un *allegro* sosegado.

–Seguramente los románticos no habrán creído lo mismo.

–Es que la música se conforma por un conjunto de elementos que pueden organizarse de variadas formas en función de una serie de pautas preestablecidas.

– ¿Existirán muchos ingredientes a tener en cuenta?

–Totalmente, fíjese que nos topamos con el *tempo*, los patrones de tensión/distensión, el tono, el timbre, o la intensidad o volumen.

–De *tempo* y modo ya me adelantó algo.

–Por cierto, pero los patrones de tensión/distensión también hacen lo suyo.

–¿Y cómo sería?

–Se definen por la relación entre los acordes consonantes y disonantes en la estructura de la partitura. Y según los entendidos las respuestas asociadas con la consonancia y disonancia no tendrían mucho que ver con las suscitadas por *tempo* y modo.

–¿Por ejemplo?

–No es mi especialidad, pero nos han contado que, así como el *tempo* lento/modo bajo produce estados más bien de melancolía, las estructuras disonantes están vinculadas con respuestas negativas aversivas.

–Nada simple, por cierto

–Tiempo atrás un director explicaba que el impacto emocional de la música es mucho más complejo debido a las modulaciones no sólo de las claves, sino del ritmo, la armonía, la melodía.

–Y seguramente existirán variaciones culturales e individuales.

–Sin embargo, hay composiciones que tocan al grueso de los oyentes.

–Como el *adagio* de la segunda sinfonía de Rachmaninoff de esta noche.

–¿Qué movimiento tan logrado! Es una melodía extremadamente romántica cantada por el primer violín, con un eco desde los clarinetes y oboes.

–Para mi gusto es la mejor obra del compositor.

–Tiene muchas obras valiosas, cierto es que la sinfonía alcanza un clímax emocional en este movimiento.

–De una melodía subyugante...

–Alguien de la orquesta lo definió como un *Adagio* acariciante.

–¡Bravo! Es claro que la música constituye un tipo de lenguaje, al menos en el sentido comunicativo de la palabra, pero definir las emociones que produce es mucho más complejo

–¿Por qué tanto esfuerzo en dar precisiones que tal vez no existan?

–Quizás tenga razón...

–La música debe ir mucho más allá de un concierto.

– ¡Oh, sí! Hasta puede animar a un equipo deportivo,

–Y se hace presente tanto en los momentos agradables como los tristes.

–El cine es un claro ejemplo de eso.

–A veces nos han acercado partituras de películas donde el estilo verista es tan evidente...

–Plenamente.

–Qué misterio esto de la música, en definitiva.

–Un arte capaz de atravesar a todos los humanos. Aunque ha habido algunos refractarios.

–¿Le parece?

–Sé de alguien muy conocido que renegaba de las notas.

–¿A quién se refiere?

–Sigmund Freud.

–He oído hablar de él, dicen que es el padre del psicoanálisis.

–El mismo que viste y calza. Este colega afirmaba que con la música se sentía incapaz de obtener goce alguno.

–Quizás haya tenido una discapacidad musical.

–Diría que no. Fíjese lo que sostuvo: *Una disposición racionalista o quizá analítica se resuelve en mí para no dejarme conmover sin saber por qué lo estoy y qué me conmueve.*

–Yo pensaba que la complejidad residía en las partituras.

–A Don Segismundo le preocupaba el impacto de la música en las emociones, sobre todo porque no consiguió entenderlo.

–Se me hace que el grueso de las personas lo disfrutan sin preguntarse por qué.

–Pero no debe haber sido su caso. Uno de los primeros discípulos del gran vienés, Theodor Reik (también psicoanalista) sostuvo que Sigmund había erigido defensas para ponerse a salvaguarda del poder de la música en causar desequilibrios emocionales.

–Vaya uno a saberlo, en el terreno de las corcheas también hay opinólogos.

–Menos cerebrales quizás.

–Estoy convencido de que los músicos se llevan bien con las emociones.

–Diría que es la materia prima de su trabajo.

–Mahler sostuvo que su vida estaba plasmada en la producción sinfónica. En ella había volcado sus experiencias y sufrimiento.

–No me caben dudas, las ideas musicales de Gustav son absolutamente vivenciales.

–Llegó a decir que para cualquiera que sepa escuchar, su vida se volvería clara, puesto que sus trabajos y experiencias vivenciales estaban estrechamente entretrechados.

–Muy creíble.

–Es más: también aseguró que si su existencia fluyera tan pacíficamente como un río a través de la pradera no sería capaz de componer nada.

–Le confieso que me extrañó mucho la no inclusión de algunos de sus adagios en el programa.

–Y en su producción hay material de sobra, pensemos en la tercera, cuarta y quinta sinfonías, por ejemplo.

–Absolutamente, por eso sigo sin entenderlo

–Ocurre que están pensando en un concierto dedicado únicamente a Mahler.

–¡Que los sueños se hagan realidad!

–Es su compositor preferido.

–Integra esa escueta lista de los elegidos.

–Hay mucha gente que lo prefiere.

–La música de este bohemio es capaz de provocar una amplia gama de emociones, euforia, relajación, alegría, tristeza, e incluso combinaciones entre ellas. Me atrevería a decir que muchas personas recurren a su música para experimentar sensaciones muy placenteras... sin necesidad de alcohol.

–Se me hace que este arte ha de ser esencial en la vida de las personas.

–No le quepan dudas. Hay ejemplos que a uno lo dejan boquiabierto.

–¡Cuente, cuente!

–Se de cirujanos que la utilizan para mejorar su concentración.

–Acá se cuenta que los ejércitos también la han empleado para coordinar y fomentar sus acciones.

–Así es, y algunas personas recurren a ella para perfeccionar la atención y la vigilancia. Es más, también se sabe de atletas que logran una mayor resistencia gracias a la música.

–En este orden de cosas, se me ocurre que sus colegas también la deben haber utilizado con los enfermos.

–La idea de la música como medicina tiene raíces que se hunden en la historia del hombre, por ejemplo los rituales de curación practicados en tantísimas épocas y culturas.

–Ya me parecía.

–En nuestros días la música sigue siendo utilizada para promover la salud y el bienestar, como así también para el tratamiento del dolor, relajación, y en cuestiones más singulares, hasta la psicoterapia.

–Suena corporativista.

–Sencillamente estoy efectuando una enunciación, ese calificativo responde a su modo singular de interpretar las cosas, vaya uno a saber por qué.

–Seréne que va a terminar derrapando, simplemente me pareció un tanto desmedido; pero si a usted lo juzga conveniente, adelante. ¡Más trabajo para nosotros!

–*Pacem in terram*, entonces

–*Sic fiat*.

–También es cierto que buena parte de este uso médico de la música no está basado en estudios rigurosos.

–Y eso implica algún grado de improvisación.

–La historia de la medicina está plagada de situaciones donde lo que hoy es admitido como incuestionable tuvo orígenes oscuros, dominados por la desesperación de hallar algún paliativo para tanto padecimiento.

–No me lo imaginaba

–Creo que lo hemos charlado.

–¿Respecto de...?

–La Medicina no es una ciencia, convengamos que más bien se trata de un acto humano, el cual encuentra su basamento en algunas disciplinas científicas aledañas al quehacer, que le han otorgado más solidez

a la actividad. Lo que no quiere decir que haya sido siempre así.

–Voy entendiendo. Algún día me lo explicará con mayor detenimiento.

–No faltarán oportunidades seguramente. Pero permítame decirle que se han efectuado varios experimentos científicos donde las personas fueron expuestas a distintos tipos de música para determinar sus efectos.

–¿Y qué vieron?

–Pudo comprobarse que las influencias musicales se dan a través de cambios neuroquímicos que repercuten sobre distintos aspectos.

–A esa palabrita no la tengo.

–Serían como una gran familia de sustancias que tenemos en el cerebro y son utilizadas como elementos de comunicación entre las distintas partes del órgano.

–Así está mejor y a cuáles cuestiones se refería cuando lo interrumpí.

–Por un lado, la motivación y el placer.

–Tiene que ver con lo que veníamos charlando.

–Exacto, pero además se suma el estrés y la excitación.

–Todo el mundo habla del estrés, pero para serle sincero no entiendo muy bien de qué se trata.

–La expresión deriva del término inglés *stress*, que significa la presión que tiende a deformar un cuerpo sólido, como para definir cualquier situación capaz de poner el riesgo la homeostasis que vendría a ser una situación de equilibrio.

–Digamos que cuando el director de orquesta se pone furibundo nos está sometiendo a estrés.

–Es una terminología un tanto enmarañada. Ocurrir que un gran investigador de origen húngaro radicado en Canadá hizo estudios sobre los mecanismos de respuesta del cuerpo a situaciones de amenaza y quizás por un mal manejo del inglés aplicó la palabra *stress* a la respuesta del organismo mientras que el estímulo estresante recibió el nombre de estresor.

–Nuestro Director encolerizado.

–Eso es.

–Y la música atenuaría entonces la respuesta al estresor.

–Parece ser que sí y algunos otros efectos.

–*Eclairrez-moi s'il vous plaît.*

–La inmunidad y las relaciones en sociedad.

–¿La inmuni qué?

–El término proviene del latín *innunitas*, y estaba referido a la exención que gozaban los senadores

romanos de cumplir ciertos deberes cívicos y procesos legales.

–¡Impunemente inmunes! Cuán viejo es el mundo, por todos los cielos...

–Esta expresión posteriormente se trasladó a las personas que no contraían enfermedades durante las epidemias. En función de ello, las estrategias que desarrollan las personas para defenderse de las infecciones reciben el nombre de respuesta inmune.

–¿Y la música también se inmiscuye en esas cuestiones?

–En realidad contribuiría para que el armado del sistema defensivo sea más eficiente.

– ¿Recuerda el aria de Dulcamara del Elixir de amor?

–Presumo que se refiere cuando hablaba del *mio specifico, simpatico, prolifico...*

–Y llega a decir *Per questo tocca e sana.*

–Entiendo su razonamiento, pero permítame aclararle que la música no tiene la magia de aquel elixir, más bien es un elemento que facilita las cosas.

–Menos mal.

–Aun así, hay estudios donde se observó que la música de Mozart tenía más impacto sobre el estado de las personas que una sesión de relajación progresiva.

–Y yo que tenía al amigo Wolfgang como movidito.

–Secretos de la música quizás. Pero le sumo un dato, otros investigadores hallaron que escuchar música para el relax era tan efectivo como un sedante para reducir los signos de la ansiedad.

–Eso me parece más coherente.

–Mucha gente sostiene que la música no tiene beneficios tan evidentes como se da con la comida o las relaciones amorosas, pero tampoco posee las propiedades adictivas del consumo de drogas.

–Por lo que yo percibo, el común de la gente pasa mucho su tiempo escuchando música, y me han referido que la consideran como una de las actividades más agradables de la vida.

–No han faltado a la verdad. Otros sostienen que la música posee propiedades místicas y que sus efectos no son fácilmente reducibles a una neurona o estado neuroquímico.

–Lo que me comentaba del cerebro.

–Exacto. Los científicos de la neurociencia cognitiva, dicho simplificado el modo en que aprendemos y conocemos, hablan de una relación estrecha entre emociones, sentimientos y estructuras musicales.

–Ha de ser algo bastante complicado.  
–Los más vanguardistas en este terreno ya están utilizando el término de neuroestética.  
–¡Uy!  
–Algo así como una interdisciplina entre las artes y la neurociencia.  
–¿Y qué hacen concretamente?  
–Analizan la actividad cerebral durante la experiencia artística.  
–¿Y con eso?  
–Intentan ligar hechos de la biología con otros provenientes del campo de las humanidades y las artes. Lo cual daría pie para lograr una base mucho más racional de la musicoterapia.  
–Eso ya me suena familiar.  
–Pienso en el beneplácito de la gente con el bis de esta noche después de tantos aplausos.  
–El Canon de Pachelbel.  
–Apenas el público lo identificó empezaron a oírse exclamaciones de aprobación.  
–Originalmente se trató de una obra de cámara para tres violines y bajo continuo. Posteriormente se realizaron arreglos para una mayor variedad de instrumentos y gracias a ello surgió la idea de tenerlo como un as en la manga. Suele acompañarse del adagio de Albinoni.  
–Pato o gallareta, la audiencia quedó más que encantada. Para darle una aproximación más exacta a lo ocurrido creo que se trató de una noche de júbilo.  
–¿Se agotará con el nuevo día?  
–Oh no, seguramente los asistentes lo comentarán en el trabajo, con los amigos y guardarán un bello recuerdo de esta función.  
–¿Tan así?  
–Trataré de darle una explicación.  
–A partir de esa bendita neurociencia.  
–En efecto. La región del cerebro donde tiene lugar el procesamiento de la emoción musical es el hipocampo.  
–Bien.  
–Esta zona también es responsable de procesos de aprendizaje y memoria, incluido el canto.  
–¡Una gran computadora!  
–Que estamos tratando de entender. Cierto es que cuando un acorde nos produce un delicioso escalofrío, gracias a esta suerte de registro y evocación se activan centros de placer, del mismo modo que podría darse al comer chocolate o en la relación íntima entre dos personas.

–Cuántos vericuetos tienen ustedes...  
–Con sus ventajas y desventajas... pero sabe que con tanta cháchara me estoy olvidando de un costado muy importante de esta historia.  
–¿Cuál?  
–El de los hacedores del concierto.  
–¿A raíz de...?  
–La música no sólo implica emoción en el público sino también para quien ejecuta la partitura.  
–Si bien es cierto, permítame hacerle una acotación.  
–Por supuesto.  
–Aquí también se vive el estrés.  
–No caben dudas. ¿Y es frecuente?  
–Convengamos que no se hace desear, pero me sigue interesando el tema.  
–Hace un año y pico una revista científica de los Estados Unidos publicó un trabajo donde se estudiaban a los miembros de la Orquesta Sinfónica de la Radio de Viena.  
–¿Y qué les investigaron?  
–Precisamente si el estrés que condicionaba el concierto podía repercutir sobre el estado afectivo de los músicos y la probable generación de una reacción defensiva llamada inflamación.  
–¿En algún evento en especial?  
–Precisamente cuando tenía a lugar el concierto más importante del año.  
–¡Investigar mientras otros sufren, lindas cosas hacen ustedes!  
–Pero no fue algo impuesto; los participantes estuvieron de acuerdo con la propuesta de estudio.  
–¿Y a qué debieron someterse mis amigos?  
–Además de su trabajo de intérpretes, prestarse para que les extrajeran sangre de la vena del brazo en dos oportunidades. La primera en el día anterior, al llevarse a cabo el último ensayo, y la segunda durante el intervalo del concierto propiamente dicho.  
–Vendrían a ser esos análisis de sangre que uno siente comentar aquí.  
–Así es, pero con una particularidad: se midieron sustancias que tienen que ver con esto de la inflamación y productos de la oxidación.  
–Conozco algunos que dicen hacer una dieta con antioxidantes.  
–La oxidación está vinculada con el envejecimiento y de ahí la idea de combatirla.  
–Perfecto.

–Olvidé decirle que también les recogieron muestras de saliva para medir una hormona muy relacionada con el estrés llamada cortisol.

–¿Y qué pasó?

–El cortisol salival, y las demás sustancias de la sangre aumentaron significativamente en el *intermezzo* respecto de las mediciones en las muestras tomadas a la misma hora del día previo cuando tuvo a lugar el último ensayo.

–¡Mis queridos amigos!

–También se analizaron las respuestas emocionales y psicológicas.

–Yo los habría mandado a freír churros a todos ustedes.

–No se ofusque, gracias a eso se consiguieron algunos datos adicionales.

–Querían volver a sus casas, por ejemplo.

–Los músicos refirieron un aumento de la excitación durante el concierto. Y las puntuaciones más altas de este estado guardaban una relación directa con un aumento del cortisol.

–Ya decía yo que no hay que tomarse estas cosas a la tremenda

–Digamos que una reacción en exceso a factores estresantes de la vida real puede dar a lugar a cambios en componentes de la sangre que terminan no siendo buenos para la salud.

–¿Cómo que terminan?

–Lo que traté de decir es que si esa situación estresante se vuelve muy frecuente en la vida de una persona ello puede contribuir a aumentar el riesgo de contraer enfermedades de diversa naturaleza.

–Ahora me resulta más claro.

–Un dicho muy popular sostiene “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo aguante”.

–*Bel costrutto!*, como diría el Falstaff de Verdi...

–De tanto tropezar el hombre va aprendiendo.

–En esa tónica, hace poco oí una reflexión que me causó mucha gracia.

–En una de esas lo conozco.

–Soldado que huye sirve para otra guerra.

–Por cierto. Una dosis apropiada de pragmatismo en su justo momento sienta y hace bien.

–Ya lo creo.

–De ese modo uno consigue que la vida sea más llevadera.

–Y mañana será otro día con sus propias fatigas.

–¡Uf, el tiempo se pasó volando, y mañana deberé pegarme un madrugón! Hemos tenido un encuentro bastante colorido.

–A decir verdad, yo diría ajetreado.

–¿Le desagradó?

–En absoluto, sólo que para la próxima preferiría alguna que otra anécdota del mundo musical y de ser posible con ribetes más cómicos que trágicos.

–Menos liado.

–Más o menos así, que no obligue a demasiado procesamiento.

–Italia es prolífica en historias de ese tipo.

–Yo diría que son una fuente inagotable en ese aspecto.

–Veré de munirme de algo interesante.

–Seguramente lo conseguiré, y que tenga un buen descanso.

–Lo mismo para usted

–*Atenti* con el hipocampo!

–Usted también tiene bastante de niño terrible...

*Riposate bene!*

OSCAR BOTTASSO

Correo electrónico: oscarbottasso@outlook.com